

Angustia neurótica, angustia psicótica¹

Bernard Nominé, Psicoanalista

El tema de la angustia es un tema esencial en la clínica analítica. Es el primer motivo que empuja a un sujeto a iniciar un análisis, la angustia está al comienzo, incluso cuando no aparece directamente por ser disfrazada del síntoma, por ejemplo. Durante la cura, la angustia es un motor que sostiene el trabajo del analizante. Sin angustia, no hubiera el psicoanálisis. Luego, los analistas se interesan por este tema de la angustia, es su pan de cada día. Pan raro y poco gustoso a no ser que el analista sepa relacionar la angustia neurótica con la causa de un deseo.

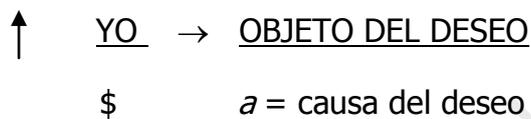
En la vida cotidiana uno no tiene ganas de encontrar la angustia, uno hace lo posible para evitarla. Uno no quiere reconocerla, y prefiere hablar de *stress*, y relacionarlo con el malestar en la cultura, en un mundo que nos apresura y que exacerba nuestra envidia y nuestros anhelos. Así uno pierde lo esencial en la angustia, es decir que la angustia es un afecto muy personal, "*la cosa la más personal*" decía Kierkegaard. Sin embargo bien se sabe que es una cosa muy contagiosa, por eso preferimos erradicarla a toda costa; la angustia es un afecto que uno no quiere compartir. Por eso la industria farmacéutica tanto se interesa por la angustia, hay un mercado importante. Si consideramos que la angustia es una señal de alarma, una señal que no engaña, la mayoría de los neuróticos prefiere apagar la señal de alarma y seguir engañándose.

La angustia es una señal de alarma, advierte al sujeto que algo está aproximándose. Un peligro amenaza. ¿De qué se trata? Se trata no tanto del anuncio de una falta: algo va faltar, como del anuncio de un exceso. Si volvemos a leer los primeros textos de Freud, vemos que la angustia señala una tensión interna que se acumula y que no encuentra salida ninguna para fluir hacia fuera en la realización de una pulsión al servicio de un deseo. No cabe duda para Freud que la angustia se relaciona con la vida libidinal. La angustia surge cuando la vida libidinal tropieza.

Para la psiquiatría clásica, la angustia se diferencia del miedo porque no tiene objeto identificable, dicen los psiquiatras que la angustia es un miedo sin objeto. En cambio, para los psicoanalistas especialmente los lacanianos, *la angustia no es sin objeto*. El objeto de la angustia es un objeto raro y hay que buscarlo del lado del origen del deseo, del lado de lo que causa el deseo. Entonces podemos entender que la angustia señala el posible surgimiento de ese objeto muy peculiar.

¹ Conferencia ofrecida en Vigo el 25 de enero de 2013

Ese objeto que causa el deseo no es fácil de describir ni de definir. Si el yo conoce el objeto de su amor, el objeto de su deseo, en cambio no sabe nada del objeto que despierta su angustia. Sin embargo, los hay que logran sustituir al objeto de la angustia por un significante conocido que da miedo, estos se llaman fóbicos. Pues, Lacan nos enseñó a distinguir el objeto de la angustia y el significante fóbico. El significante fóbico es una señal que avisa el encuentro posible con el objeto, pero la señal no es el objeto. El objeto queda desconocido detrás del significante fóbico. Estructuralmente el objeto causa del deseo queda desconocido para el yo. Hay que decir que el objeto causa del deseo no es partenaire del yo, sino partenaire del sujeto inconsciente. Entonces, detrás de la pareja YO/ OBJETO del deseo, hay la pareja Sujeto inconsciente / objeto causa del deseo.



Así que el yo desconoce la condición de su elección amorosa, la condición de su deseo. Es el principio del deseo masculino muy bien descrito por varios mitos, entre los cuales el mito del Edipo. Edipo no sabía que el objeto de su deseo era su madre. Era la condición de su deseo. Para que surja el deseo del lado del varón, es preciso que él no sepa que se está acercando al objeto que causa su deseo. Saberlo puede desencadenar, sea el impedimento, sea la angustia. Freud definía la angustia como el regreso de la libido impedida hacia el yo. El yo es la sede de la angustia.

A decir verdad, en la teoría freudiana, la angustia remite a dos orígenes distintos:

- sea un exceso, la angustia señala entonces que este exceso constituye un peligro interno, y hemos visto que la angustia señala un fracaso del principio del placer.
- sea una pérdida, la angustia señala entonces una amenaza, procedente de un peligro externo, es el miedo a la castración.

Para nosotros, lectores de Lacan, esos dos orígenes son vinculados. El primer origen es fundamental. Cuando el sujeto entra en el discurso del Otro, cuando cumple con sus demandas, eso implica que renuncie a su goce para hacerlo entrar en el circuito de las exigencias del Otro que llamamos demanda. Pero no todo el goce puede ser traducido en los términos de la demanda del Otro. Hay sobras. Son esas sobras que Freud consideraba como exceso, porque no se han convertido en libido. Cuando esas sobras aparecen, cuando se manifiestan, desencadenan angustia porque no logran ser traducidas en libido para satisfacer el principio del placer.

Una función del yo es protegerse de la angustia, usándola como vacuna como decía el propio Freud. El sujeto, luego, interpreta esa señal como si fuera señal de una amenaza externa, amenaza de una pérdida; el prototipo de esa amenaza siendo la

castración. Así que la angustia de castración es ya un remedio contra la angustia fundamental. Enseguida entienden que al sujeto psicótico le resultara difícil de curarse la angustia por medio de la castración. Examinaremos es punto más adelante.

Pues, hemos visto que la tesis de Freud y la de Lacan, respecto al origen de la angustia son algo distintas. Sin embargo no son opuestas. Freud no consideró solamente la angustia como señal de una perdida, también habló de señal de un exceso. Y esa tesis del principio, Freud la mantuvo hasta el final al lado de la segunda tesis de la amenaza de castración. Lacan se apoyó esencialmente en la primera tesis freudiana, la del exceso.

Dicho exceso equivale para Lacan a un objeto que sobra, no es un objeto que falta. Freud decía que era un exceso y Lacan dice que es el objeto causa del deseo, es decir un objeto que sobra. Este objeto que sobra causa el deseo del sujeto pero también le relaciona con el deseo del Otro. Por eso la angustia también surge frente al deseo enigmático del Otro.

¿Cómo entender esa función sutil del objeto causa del deseo entre el sujeto y el Otro sin caer en la trampa de construir una fantasmagoría puramente imaginaria?

Para entenderla, tenemos que volver a la lógica que rige la inscripción del ser del sujeto en el Otro simbólico. El Otro es esa potencia a quien necesitamos para satisfacer nuestras primeras necesidades puesto que nacemos dependiente é incapaz de hablar la lengua de este Otro. Tuvimos que incorporar esa lengua del Otro para ser otra cosa que su objeto de goce, para tomarnos por su objeto de amor.

En esa incorporación, el sujeto ha de aceptar inscribir su ser en el Otro y el principio de esa inscripción, Lacan lo describe como una operación aritmética: la división.

Una división consta de cuatro términos que se inscriben en cuatro lugares distintos.

El dividendo, la cantidad que ha de dividirse por otra.

El divisor, o sea el número que divide a otro.

El cociente, que es el resultado, y el resto que es la parte del dividendo que permanece fuera del cociente.

Dividendo		Divisor
Resto		Cociente

Hacer una división es considerar la relación entre dos cantidades: *el dividendo* y *el divisor*. Especialmente se trata de ver si el *divisor* cabe en *el dividendo* de modo correcto. Por ejemplo pueden verificar que el número dos cabe en el número ocho.

Son cuatro dos dentro del ocho. Lacan coloca al Otro en el lugar del dividendo y el goce primitivo del ser en el lugar del divisor. Entonces con esa operación se trata de hacer entrar el goce de lo vivo dentro del Otro.

Otro	goce
Demanda	\$: sujeto
Resto = <i>a</i>	

El resultado del efecto de la palabra sobre las necesidades de la vida es, del lado del Otro: la demanda. El Otro es quien manda que esas necesidades pasen por el orden de la palabra; así se constituye la demanda. Pero del lado del ser vivo el resultado de tal inscripción es el sujeto tachado o dividido. Pero tenemos que añadir que, dado que el goce no entra de modo justo en el Otro, la división no resulta justa, hay un resto. Eso es aquel objeto *a* a partir del cual hay la posibilidad del deseo para el ser hablante es decir la posibilidad de apartarse de la demanda del Otro. Pues, este resto instauro el espacio del deseo. Este resto, lo colocamos del lado del Otro, aunque no le pertenece verdaderamente ya que es el goce que el Otro no puede reconocer. Sin embargo ese resto tampoco no pertenece al sujeto que es como el cociente de la operación. En realidad tenemos que considerar que cociente y resto son los productos de la división, nacieron al mismo tiempo, luego sujeto y objeto *a* son hermanos gemelos. Pero después nunca más se encontrarán. Si la división instauro la demanda, cuando el sujeto dirige sus demandas al Otro y cuando el Otro contesta, bien sabemos que ello deja que desear, debido a aquel resto, a este hermano gemelo del sujeto quien luego está al origen del deseo en la dialéctica entre el sujeto y el Otro.

En la teoría de Lacan, el deseo, no es fácilmente localizable. Uno no puede decir eso es el deseo del sujeto y eso es el deseo del Otro ya que el deseo es el resultado de la operación con la cual el sujeto se inscribe en el Otro. Las histéricas, saben que su deseo es el del Otro. Los obsesivos, en cambio, se niegan a reconocerlo, reivindican un deseo propio, y por eso nunca lo encuentran. Esa dificultad en localizar el deseo es consecuencia de que el deseo es inconsciente, se trata de un deseo Otro, consecuencia del efecto de la palabra en el goce del viviente.

Hemos planteado el deseo del Otro, el goce, el sujeto y su hermano gemelo que permaneció en suspenso entre el sujeto y su Otro en la operación. Uno no puede reconocerse en ese hermano gemelo. Encontrarlo en un recodo del camino no puede sino desencadenar espanto, el *unheimlich* freudiano, que es una referencia importante para este tema de la angustia. No tengo tiempo de referirme a los Cuentos de Hoffmann, *el Elixir del Diablo*, pero es una referencia esencial para Freud. Trata del tema del espanto desencadenado por la aparición de un doble.

Fuera del cuento fantástico, o fuera de ciertas alucinaciones psicóticas es imposible concebir la existencia del doble. No tiene otra existencia que lógica, es una función lógica. Aquel gemelo es quien causó el deseo del Otro, y del mismo modo es causa de mi deseo. Pero ese gemelo no tiene ninguna forma, ninguna imagen, y si a veces una imagen surge en el lugar de ese vacío, la angustia surge.

Lo que impide ese tipo de aparición siniestra, maligna, es otra imagen en la que el yo se complace, la imagen idealizada, lo que Freud llamaba *ideal del yo*. Esa imagen tiene una función narcisista pero actúa también en la elección del objeto deseado. El yo suele elegir a una pareja que refuerza su narcisismo. Otra vez más, no tenemos que confundir el objeto deseado y el objeto que causa el deseo.

El objeto que causa el deseo es un agujero, no tiene imagen ninguna, mientras que el objeto deseado es un sobre que oculta el agujero y lo que le otorga su valor es la idea de remediar una falta. Aquí es donde el falo desempeña su función.

Cuando los analistas hablamos del falo, nos referimos a una imagen deseable, el falo siendo cualquier cosa que uno quiere conseguir para colmar la falta. Desde ese punto de vista, el falo se presenta en la teoría psicoanalítica como un objeto cesible. De ahí resulta esa idea extraña de una posible castración. La angustia de castración es la angustia frente a esa idea de ceder el falo. Es fácilmente comprensible en el varón y la clínica de la neurosis obsesiva masculina lo muestra cada día. Pero la angustia de castración también atañe a la mujer. Pero en ella aparece más bien bajo la forma de temer perder el amor. Nada extraño si entendemos que ser amada para una mujer equivale a asegurarse de su propio valor fálico.

Con esa idea del objeto cesible, el falo entra en una serie, porque hay varios objetos cesibles en la teoría freudiana.

El objeto oral.

A ese nivel, el niño colgado al pecho de la madre, es totalmente dependiente de ella, adhiere a ella por medio del seno que Lacan nos sugiere considerar como un órgano perteneciendo al niño, un órgano que tal como la placenta está entre madre y niño pero que forma parte del huevo. El seno – dice Lacan – está en cierto modo implantado sobre la madre. Entonces el sujeto tendrá que ceder esa parte de si mismo pero nunca se da cuenta de que se separa de si-mismo, porque no se ve él mismo como este pedazo colgado a la madre. Verse así no debe de ser placentero.

Por eso, si hay un carácter específico de la angustia en ese estadio oral, yo diría que no es tanto la angustia del destete como la angustia de sentirse dependiente del Otro. Eso nos permitiría entender que el sujeto se las arregla con esa angustia apoyándose en el objeto oral para sostener un deseo de separación. Es muy llamativo en la anorexia. Pero si consideran otras conductas tal como la bulimia, o el alcoholismo, verán que el sujeto se sirve del objeto oral para separarse del Otro.

El objeto anal

Ese objeto forma claramente parte del sujeto, la educación le enseña al niño ceder esa cosa, y uno podría pensar que luego, cuando el sujeto satisface esa demanda del Otro, la pulsión anal deja de actuar.

La clínica del obsesivo nos muestra todo lo contrario. El que se empeña en contestar a la demanda del Otro no deja de retener. Pues, el deseo que obra a ese nivel es el deseo de retener. No imaginen que el que da todo lo que tiene no retenga. Retiene lo esencial. Al nivel anal, el sujeto tiene que ceder algo y es, sobre todo, lo que él es, o sea un resto más allá de la demanda del Otro. Eso es lo que el sujeto obsesivo nunca puede dar. El obsesivo sólo da de sí-mismo lo que coincide con el ideal esperado por el Otro. El obsesivo siempre se muestra, se presenta como persona ideal, lisa. Es muy difícil obtener que él se dé como resto, o sea exactamente como causa del deseo del Otro.

Ahora bien, si fuera preciso definir una especificidad de la angustia en ese estadio anal, yo diría que no es tanto la angustia de perder ese objeto, de cederlo al otro, como la angustia de perder la demanda del Otro, o sea que el Otro cese de pedir y lo deje caer como mierda. Por eso, el sujeto se las arregla con esa angustia, apoyándose en el objeto anal para sostener su deseo de retenerlo y así retener al Otro.

El falo

Del tercer tipo de objeto hemos ya hablado. Se trata del falo. El falo es ante todo una función, es el patrón que puede otorgar un valor al objeto intercambiado con el Otro. Por eso el falo cumple su función a cada nivel. Los objetos de la demanda, oral y anal, toman su valor en tanto que se miden al patrón fálico. A fin de cuentas, todo lo que se intercambia entre el sujeto y el Otro toma un valor fálico. El sujeto neurótico se imagina que lo único que el Otro le pide, es el falo. Dicho de otro modo, el neurótico se imagina que el Otro quiere su castración. Así el neurótico apacigua su angustia reduciéndola a la angustia de castración, o sea la angustia de perder lo más precioso. Esa angustia no le cuesta tanto, porque es su modo de sostenerse el deseo. Bien se sabe que uno desea a partir de una falta, de una pérdida.

Esa pérdida en la que el neurótico se fija le permite no ver otra cosa que pierde.

Hemos visto con nuestra operación de división, que el sujeto no se reduce a la demanda del Otro. Queda un resto que no cabe en los significantes de la demanda del Otro. ¿Cuál será el porvenir del resto de la operación?

Aquí entran en función objetos de otro tipo.

La mirada

Este objeto nunca aparece en la imagen, es la parte del ser que no ha entrado en la imagen, pero la imagen envuelve este vacío. Pues, la mirada no es un objeto que

uno puede imaginar. Uno no se queja de ser separado de ese objeto. La mirada es un objeto amenazante cuando aparece en la escena. Amenaza la escena porque la desorganiza, la hace irreconocible. Uno tiene ojos para no ver dice Lacan retomando una frase del evangelio. ¿Qué significa? Significa que no hay que confundir la mirada y la visión. Normalmente, en cuanto uno abre los ojos, pierde ese objeto mirada y en cambio puede disfrutar de una visión del mundo, aquella escena de la que hemos hablado que es una escena pulsional.

La pulsión escópica se manifiesta en el hecho de que uno pide ver. La escena escópica es centrada por lo que no se ve y que uno quiere ver. Lo que uno no puede ver a menudo toma la significación de una prohibición. Si no podemos verlo es que lo tapan, nos impiden mirarlo. Y lo que se esconde es el falo como señal del deseo. El velo puede tapar el falo o su ausencia, es igual, detrás del velo está siempre el falo. Pues lo tapado, oculta lo imposible de ver, o sea la mirada como objeto irrepresentable en la escena. Cuando el falo surge en positivo, como por ejemplo en la escena primitiva, resulta traumático, especialmente porque de repente hace surgir la mirada del lado del sujeto, luego reducido al estatuto de objeto.

Cuando la mirada aparece, en positivo, es a menudo del lado del sujeto luego reducido a ese objeto vergonzoso. Eso lleva al sujeto a esconderse. Es un tema bastante común en el fóbico. La agorafobia conlleva que el sujeto se mire él mismo en la escena como si estuviera fuera de la escena como un espectador al teatro. Eso le da ganas de huir. Pero de vez en cuando la mirada puede surgir del lado del otro. Luego es la angustia de estar acechado, vigilado, perseguido o no sé qué.

Queda claro que con este tipo de objeto, la angustia no señala una pérdida sino una aparición inoportuna y demoledora. Eso les dará una idea de lo que puede ser la angustia psicótica.

La voz

El último objeto cuya presencia se manifiesta de vez en cuando, en las alucinaciones del psicótico como voces extraviadas o bajo la forma de los imperativos interrumpidos del superyó como parásita, es la voz. Más que todo otro tipo de manifestación del objeto causa del deseo, la voz nos obliga a considerar este objeto como puro objeto lógico, o sea el resto de la inscripción del sujeto en el Otro, resto alrededor del cual gira el drama del deseo. Sin embargo, considerada así, la voz no es un objeto sonoro, no se oye salvo en la psicosis donde la voz se sonoriza en la alucinación verbal. No hay que confundir ese objeto mudo con el órgano fálico del cantor. La voz como objeto fálico es como la imagen ideal, la imagen narcisista que envuelve el vacío de la mirada. Pues la voz del cantor que nos encanta hace callar la voz que grita en la psicosis por ejemplo o en el vozarrón del superyó.

Freud había entendido el carácter, a veces malintencionado, del superyó pero no lo relacionó con la voz.

Es Lacan quien destacó ese concepto de la voz como objeto. Lo sacó del estudio de Reik, alumno de Freud, él mismo lo había sacado de la tradición judía.

En el *Pirké aboth*, *el tratado de los padres*, hablan de la circuncisión como resto del sacrificio de Isaac, sacrificio insensato mandado por un dios feroz, que por fin nunca tuvo lugar. La religión judía se fundó en aquel sacrificio fallido. El sacrificio del que se trata es el sacrificio que tiene que hacer el que entra en el pacto de la palabra con Dios. La circuncisión se limita a un pedacito de cuerpo, no cualquiera, el prepucio, pero más profundamente el objeto del sacrificio es incorporal.

Por eso dicen en el *tratado de los padres* que hay otros tipos de circuncisiones, la de los labios, la del oído. La circuncisión abre, y así permite hablar y escuchar. De ahí viene la idea de la voz como objeto del sacrificio.

En ciertas circunstancias, dice un tal Rabbi Eliezer, una voz va de una extremidad del mundo a la otra sin jamás ser percibida, es por ejemplo la voz del árbol frutal cuando uno lo corta, o la voz de la serpiente cuando muda, la voz de la mujer que pierde su virginidad, y la voz del alma cuando se aparta del cuerpo. En esas circunstancias hay una separación esencial, una pérdida, pero esa pérdida se efectúa sin grito, sin ruido. La pérdida de la que se trata, la separación esencial, remite a ese objeto lacaniano: la voz como objeto causa del deseo.

Pues, según decían los padres de aquel tratado, el *Pirké aboth*, separarse de la voz, permite hablar y escuchar. Entonces esa pérdida causa el deseo de hablar, de escuchar de hacerse entender, de interpretar, de hacer chistes, de arreglárselas con lo malentendido. En cambio, para quien no ha perdido ese objeto, la palabra se vuelve imposible o insoportable.

En la psicosis esquizofrénica, la presencia de la voz desarticula completamente la palabra, la vuelve incomprensible.

En la psicosis paranoica, la voz se sonoriza, el paranoico se siente llamado desde cualquier parte del mundo. Las voces apuntan a su ser, injuriándolo, designándolo como defecto del universo. Pero la presencia de la voz en la psicosis no necesita la manifestación de las voces alucinadas para demostrarse. Lo de tomar el significante al pie de la letra, rehusando la alteridad de lo que se dice, lo de preferir la metonimia más bien que el sentido, todo eso muestra que para el psicótico, la voz se impone en los enunciados del Otro. Mientras que normalmente, la voz no es sino un agujero, un hueco en el Otro, hueco en el que resuenan los significantes, lo que permite el juego de palabras, pues el juego del inconsciente.

Pero ese hueco también puede despertar la angustia neurótica porque designa una falta de garantía del Otro, luego plantea la cuestión de su deseo enigmático. Luego, en la psicosis, no hay hueco, los significantes no resuenan, no hay ningún eco, no hay ningún malentendido.

El esquizofrénico se enfrenta a lo real del significante, lo toma al pie de la letra, desencadena en el perplejidad, espanto, pues su angustia no se parece a la del neurótico.

En cuanto al paranoico, sus interpretaciones le permiten calmar su angustia, para él, ya no hay enigma en el Otro. El está seguro, sea del amor, sea de las malas intenciones del Otro. Así vemos que el delirio paranoico es un intento de curar la angustia. Pero cabe decir que pocos psicóticos logran construir un delirio paranoico acabado, luego no desconocen la angustia.

Para resumir lo que traté de decirles respecto a este tema de la angustia, concluiré diciendo que la angustia es una señal que aparece cuando uno se enfrenta a lo que le resulta insoportable: un exceso de goce que él no puede resolver en términos de placer. El neurótico suele resolver el asunto usando esa señal para contornear el problema como si esa señal le avisara de otro peligro, el de perder un objeto o sea de sufrir la castración. Luego su angustia se fija en ciertos objetos privilegiados tal como el pecho, el objeto anal y el falo.

El psicótico, en cambio, no tiene este recurso para disfrazar el asunto y convertir la señal en amenaza de castración. Luego su angustia se fija en otro tipo de objeto cuya presencia se impone en su mundo. Se trata de esos objetos que traté de presentarles: la mirada y la voz. Esos objetos, nadie los echa de menos. Dicho de otro modo, no pueden ser objetos de la castración. En cambio cuando esos objetos aparecen, son ellos mismos una amenaza.